

## 9

A sus veinte años, Mónica era una joven preciosa, parecía una muñeca. Era bajita, apenas pasaba del metro cincuenta, pero poseía un cuerpo perfecto, un cuerpo como el del hada *Campanilla* de *Peter Pan* en los dibujos de Disney. Era tal vez un poco cabezona, tenía la cabeza grande para su estatura, y una belleza que fascinaba. Todos sus amigos decían que se parecía a Scarlett Johansson. Era cierto, su parecido con la actriz era sorprendente; aunque su belleza era más fresca y natural. Claro, era bastante más joven que la estrella de cine.

Sin embargo, la belleza no le había servido de mucho en la vida. Hija única, deseada y mimada por sus padres, llevaba una vida feliz hasta que su padre se enamoró de otra mujer y se fue con ella en pos del amor, abandonando a Mónica y a su madre. La madre de Mónica era una mujer entera y orgullosa, le dolió tanto la traición de su marido en el que había depositado toda su confianza y su amor que no quiso recibir de él nada, ni siquiera la pensión por la niña a la que tenía derecho. Él, que resultó ser bastante egoísta, no insistió mucho, tampoco fue muy constante en las visitas a su hija que se fueron espaciando hasta que desaparecieron del todo.

La última vez fue el día que la niña cumplía diez años, le dio un beso, un billete de cinco euros porque no había

tenido tiempo de comprarle nada y se marchó. Esa fue la última vez que la pequeña Mónica vio a su padre.

Al separarse el matrimonio, madre e hija se trasladaron a la casa de la abuela que vivía en Alcorcón, en un humilde piso de San José de Valderas. No fueron bien recibidas, la anciana vivía pobremente sin más ingresos que la corta pensión de viudedad que la obligaba a llevar una vida llena de privaciones.

Cuando vio llegar a su hija y a su nieta con las manos vacías se le cayó el mundo encima «yo nunca os he pedido nada y ahora venís vosotras a que repartamos la miseria», les dijo al abrir la puerta y se retiró hacia el interior de la casa dejándolas a las dos plantadas en el umbral.

La madre de Mónica había dedicado su vida como ama de casa a cuidar de su familia, no tenía ninguna preparación para realizar un trabajo mínimamente cualificado, pero era una mujer dispuesta que se puso a trabajar limpiando casas, portales, oficinas..., todo lo que le salía sin rechazar nunca un trabajo, aunque estuviera agotada.

Así pasaron los años, viviendo en la austeridad las tres mujeres, soportando el agrio carácter de la abuela que no cesaba de quejarse y recordarles a las dos que estaban viviendo allí por su caridad. Ellas ya la conocían y callaban. En realidad, era la madre de Mónica la que sufragaba todos los gastos de la casa con el poco dinero que ganaba por su trabajo. La mayoría de los meses la miserable vieja se ahorra todo el dinero de su pensión.

Mónica era una buena niña, obediente, muy estudiosa que sufría viendo trabajar tanto a su madre y encima tener que presenciar el mal trato que le daba su abuela.

«La abuela es una mujer mayor que ha sido muy maltratada por la vida, por eso está amargada, pero es buena persona, no siente de verdad todas las cosas que dice», le decía su madre cuando los reproches de la vieja subían demasiado de tono.

Adoraba a su madre y su madre a ella. Cuando estaban juntas no existía la tristeza ni la amargura. Los domingos, nada más terminar de hacer las faenas de la casa, huían de allí, cogían el metro o el tren de cercanías y se iban a Madrid. Cogidas de la mano como dos amantes recorrían el centro, se paraban en los escaparates de las lujosas tiendas, compraban un bocadillo, lo comían por la calle para no perder tiempo, miraban las carteleras de los cines y de los musicales de los teatros de La Gran Vía.

De tanto mirar las fotos les parecía que ya habían visto la obra, aunque sabían que nunca les alcanzaría el dinero para comprar dos entradas... Bueno, menos el día del cumpleaños de Mónica.

Cuando cumplió los doce su madre la llevó a la Gran Vía, se pararon frente al teatro donde representaban *El rey león* y le entregó una entrada: «ten, pasa tú, luego te vengo a recoger ¡Feliz cumpleaños!», le dijo besándola y abrazándola en la puerta del teatro entre la gente que pasaba deprisa porque ya iba a empezar la función. La niña se resistió «no, mamá, sin ti no quiero entrar. Prefiero quedarme fuera contigo...», pero la madre fue empujándola suavemente, entre besos y abrazos hacía la puerta donde un portero vestido con un maravilloso uniforme le cogió su entrada y otro acompañó a la niña al pasillo donde estaba su localidad. La pequeña se resistía un

poco, mirando hacia la puerta donde había quedado su madre con las lágrimas cayéndole por la mejilla y el trozo de papel de la entrada en la mano como un especie de trofeo.

Unas horas después Mónica salía con los ojos iluminados por la emoción del espectáculo que había visto. Ya era de noche, su madre estaba allí, en la puerta, esperándola con la sonrisa ancha y los ojos tan encendidos de emoción como los de su hija. Durante todo el trayecto en el metro le fue contando todos los detalles de la función.

La memoria de Mónica era prodigiosa, recordaba todas las canciones, los diálogos, las escenas... Y la madre reía y escuchaba y preguntaba y se emocionaba con las escenas que la niña describía con vivas imágenes.

Durante mucho tiempo estuvieron hablando de aquella obra, lo hacían cuando no las podía oír la abuela que jamás se enteró de aquella aventura.

A pesar de que era una estudiante inteligente y aplicada y que su madre estaba dispuesta a sacrificarse al máximo para que pudiera ir a la universidad, Mónica no quiso aceptar el enorme sacrificio que suponía para su madre costearle unos estudios. Decidió ponerse a trabajar para ayudar en casa. Encontró trabajo en una empresa de telemarketing, con un exiguo sueldo y una enorme exigencia que le obligaba a estar durante ocho horas al día hablando con los clientes por teléfono en turnos cambiantes que no le permitían planificar su vida para ampliar sus estudios en el tiempo libre.

Aquel día, Mónica tenía turno de tarde, de tres a once de la noche. Al salir del trabajo cogió el metro que llega-

ba a la estación de Parque de Lisboa, ya en Alcorcón, alrededor de las doce de la noche. Desde la estación hasta su casa eran otros diez o quince minutos. El caso es que hasta bien pasadas las doce no llegaría a casa; aunque podía dormir sin preocuparse por el reloj porque al día siguiente disponía de toda la mañana libre.

Esa noche de diciembre hacía bastante frío, ya se dejaba notar la cercanía del invierno; una especie de neblina enturbiaba el ambiente. La joven salió de la estación y se encaminó con paso rápido a su casa. Tenía que atravesar el Parque de Lisboa, solitario a esas horas de la noche. Mónica llevaba un poco de miedo, sobre todo después de oír los acontecimientos de los últimos días, pero no tenía más remedio que caminar para llegar a casa.

El hombre la vio salir del metro. La estaba esperando. La siguió, saltando de sombra en sombra para evitar que la chica pudiera sospechar. Todo era soledad aquella noche oscura de otoño. El hombre observaba excitado a la joven que caminaba deprisa, buscando los puntos donde la luz de los faroles conseguía romper la niebla. Cuanto más miraba el receloso caminar de la chica más se excitaba pensando en el placer que le aguardaba. Corría oculto en las sombras, jadeando, acariciando el mango de suave piel de su cuchillo que llevaba ya preparado en el bolsillo del impermeable. Conocía al detalle el camino que iba a seguir la chica y tomaba atajos para esperarla y recrearse viéndola caminar hacia él ignorante de lo que la esperaba más adelante.

Por fin llegó al sitio donde pensaba atacar. Un pequeño jardín con un seto de poco más de medio metro y un grupo de gruesos árboles casi pelados de hojas.

Todo estaba oscuro, el farol más cercano se encontraba a cierta distancia, la luz que desprendía no era capaz de atravesar la neblina. El hombre se sentó entre los árboles, escondido tras el seto. Podía sentir la humedad de la hierba a través de los pantalones y del impermeable.

Por el camino Mónica apartaba el miedo pensando que mañana era el último día de turno de tarde. Había conseguido que le mantuvieran el turno de mañana durante tres meses para realizar un curso de informática que iba a incrementar su cualificación profesional y las oportunidades de conseguir un trabajo mejor y más remunerado. Además, se acercaba el fin de semana, pronto se encontraría con sus amigos. Alberto llevaba toda la semana enviándole wasaps que ella contestaba con monosílabos porque lo que quería era salir con ella en plan novios. Le gustaba el chico, no lo podía negar. Ya desde el colegio Alberto les gustaba a todas las chicas de su clase. Él era dos o tres años mayor, estaba dos cursos más avanzado. Era un chico muy atractivo, popular, sobresalía en casi todos los deportes, además era muy estudioso y atento con todos. Las chicas le adoraban, iban a verle jugar al baloncesto, le seguían por la calle, haciendo como que se encontraban con él por casualidad, intercambiando esas risitas tontas tan propias *de la edad del pavo...* Claro que le gustaba Alberto. Cómo no le iba a gustar, pero no le

apetecía nada atarse a un chico. Sabía lo que les ocurría a las amigas que lo habían hecho, que se iban apartando del grupo, pasando las tardes del fin de semana en el coche, haciendo las cochinadas de siempre, porque todos los chicos, al final, buscan siempre lo mismo: sexo y más sexo, no pueden pensar en otra cosa. Ella, de momento, no estaba interesada en eso. Lo pasaba mucho mejor reunida con todos, charlando con las amigas, haciendo botellón en el parque, bailando en la disco... No, definitivamente, no.

Mónica repasaba en su mente las palabras que pensaba decirle: «Mira, Alberto, me gustas mucho, eres muy atractivo. Sé que no me costaría ningún trabajo enamorarme de ti... No, eso no se lo diré porque puede hacer que abrigue esperanzas y se haga más difícil rechazarle. Le diré que me gusta y que es muy guapo, pero que no quiero atarme, que tengo que estudiar para conseguir un trabajo mejor, que somos muy jóvenes para establecer relaciones serias, que me gustaría mucho seguir siendo su amiga, pero nada más que eso. Además, Alberto, si tú quieres una novia formal puedes conseguir chicas mucho más guapas y mejores que yo, que sé de muchas que están loquitas por ti...»

Pensando en todo esto se le había pasado el miedo. Ya casi estaba llegando a su casa, cuando sintió un ruido a su espalda, una mano que le tapaba la boca, un intenso dolor que le atravesó el corazón. Después dejó de sentir y de vivir.

La madre de Mónica empezó a preocuparse pasadas las doce y media. Esperaba siempre despierta a su hija

para prepararle algo de cena y charlar un rato de las cosas del día mientras cenaban.

Tenía ya puesta la mesa con el mantel, los cubiertos y los platos, había rebozado el pescado que iba freír, ya estaba preparada la ensalada. Mónica nunca se retrasaba, si lo hacía la llamaba o la ponía un wasap. La mujer, devorada por los nervios, marcó varias veces el número de teléfono de su hija, pero no se lo cogía, lo dejaba sonar y sonar hasta que colgaba el propio aparato.

No podía permanecer tranquila. A la una menos cuarto llamó al metro para preguntar si había alguna avería en la línea, le dijeron que no, que todo había ido con normalidad. Despertó a su madre que ya dormía y salió a la puerta para ver si la veía venir. Cada minuto que pasaba estaba más nerviosa. A la una llamó a la policía local para preguntar si había habido algún accidente o algún problema. Cuando le dijeron que no, les comentó que su hija no aparecía, que solía llegar a eso de las doce y cuarto, que ya era la una y que no había llegado.

—Señora, ¿Cuántos años tiene su hija? —le preguntó el policía que atendía la llamada.

—Veinte, va a cumplir veintiuno dentro de unos meses.

—Señora, seguro que se ha entretenido, no ha pasado ni una hora. Tenga paciencia que estará al llegar.

—Pero ella nunca se retrasa sin avisarme

—A lo mejor se ha quedado sin batería o algo por el estilo, ya sabe lo que ocurre con los teléfonos móviles, que suelen fallar cuando más se necesitan. Esté tranquila que aparecerá de un momento a otro. Nosotros no po-

demos hacer nada, es muy pronto para iniciar cualquier actuación de búsqueda.

Pero no llegaba, tampoco se atrevía a salir de casa para buscarla porque en su fuero interno esperaba que llegase de un momento a otro y quería estar allí esperándola. A la una y media estaba a punto de sufrir un ataque de pánico. No podía dejar de pensar en los acontecimientos de los últimos días, su desesperación crecía cada minuto. A las dos menos veinte llamó al 091. El agente que cogió el teléfono la vio tan afectada que intentó tranquilizarla preguntándole el nombre, la dirección y otros datos con la intención de sacarla de ese estado.

—Cálmese, señora, ahora mismo envío un coche a esa dirección. Tardará solo unos minutos. Espérelo e intente tranquilizarse. Comprenda que en ese estado no podrá servir de gran ayuda.

Colgó el teléfono, se derrumbó llorando en el sofá. Su madre, que ya se había levantado de la cama, la abrazó intentando consolarla sin éxito, se puso a calentar agua para preparar una infusión de tila sin dejar de hablar desde la cocina para calmar a su hija que seguía llorando con desesperación.

Apenas había puesto la bolsita de tila en el agua hirviendo cuando la policía llamó a la puerta. Uno de los agentes era una joven que se encargó de tranquilizar a la pobre mujer. Una vez conocida la situación se alertó a las patrullas para que rastrearan la zona y el camino que la chica solía seguir para llegar a casa.

Pasaban las tres y media de la madrugada cuando se recibió una llamada en el 091. Un joven que regresaba

a casa con unos amigos se acercó a orinar al tronco de un árbol, notó algo extraño, miró hacia arriba y vio el cuerpo de una chica colgado de una rama a dos metros del suelo.

## 10

La musiquita del móvil, lejana al principio, insistente después, obstinada al final, lo sacó de lo más profundo del sueño. A pesar del embotamiento por el brusco despertar, enseguida comprendió para qué le llamaban.

—Inspector, soy García, malas noticias: han asesinado a una chica esta noche.

La voz seca del agente le golpeó como un puñetazo. Guardó silencio unos instantes, intentando despejarse. Sentado en la cama tenía el teléfono cogido con las dos manos sobre las rodillas desnudas. Miraba ensimismado a la pared, al rectángulo que formaba la luz de la calle que se colaba por la ventana.

—¿Dónde ha sido? —preguntó después de una eternidad.

—En el parque de Lisboa. La han encontrado unos chicos hace apenas media hora. Estaba colgada, doblada por la cintura, en la rama de un árbol; aunque no la hemos tocado se puede apreciar que ha sido salvajemente apuñalada.

—¿Han ido ya los del juzgado?

—No, ya están avisados, no creo que tarden

—Está bien, que nadie toque nada, ahora mismo salgo para Alcorcón.

—¿Aviso al inspector Mendieta?

—No, dejemos que duerma un par de horas más. Le espera un día duro. Ya voy yo.

Salgado se metió en la ducha para terminar de despejarse. Dejó que el agua le cayese casi fría en la nuca y en la cara. La ducha a toda presión era uno de sus escasos placeres. Lo hacía por la mañana y por la noche, por la mañana era una ducha rápida, convencional, pero por la noche la cosa se demoraba todo lo que le apetecía. Le encantaba ese baño del dormitorio principal. Su mujer había reformado el viejo baño de la casa de Argüelles y lo había dejado como en uno de esos SPA de lujo: Bañera con yakuzzi, ducha con hidromasaje por todo el cuerpo, inodoro inteligente... El baño era la habitación más confortable de la casa, a Salgado le consolaba ducharse por la noche entre whisky y whisky, en los intermedios de los partidos de fútbol, en los momentos en que le devoraba la soledad, cuando la vida le parecía un viaje absurdo y triste... sobre todo cuando recordaba los tiempos pasados de prometido amor eterno.

Se vistió, bajó al garaje por el ascensor interior. Su viejo Volvo le estaba esperando, el Volvo que compraron hace veinte años, cuando querían tener hijos y se prometían un amor tranquilo y familiar.

A esas horas de la madrugada las calles estaban casi desiertas, sobre todo la carretera de Extremadura en dirección salida; aunque en dirección Madrid ya se empezaban a ver los primeros coches. Eran las cinco menos cuarto de la mañana.

En la radio aún no se escuchaba nada más que música. Los primeros informativos comenzarían a las seis.

Una vez en la carretera, Salgado puso la sirena, lanzó el automóvil a toda velocidad por la autovía vacía. El fiel Volvo se sabía portar. Pronto cogió los ciento noventa y seguía subiendo la velocidad en las rectas de Campamento «¿Y si de repente, ahora que no hay nadie, que no puedo perjudicar a nadie; un breve giro de volante contra un árbol o una farola?... y fin del viaje».

La comisaría de Alcorcón brillaba iluminada con todas las luces encendidas, se notaba una actividad inusual a esa hora. Salgado aparcó en su plaza y se dirigió a su despacho.

—Inspector, el alcalde desea hablar con usted.

—Pásamelo al despacho.

Ya en su despacho cogió el teléfono sin quitarse el abrigo.

—Lo siento, alcalde, no puedo hablar ahora contigo, no tengo nada que decirte, acabo de llegar.

—Lo entiendo, pero, por favor, infórmame o encarga a alguien que me mantenga al tanto de la marcha de las cosas... Esto es terrible.

—Sí, es terrible. Vamos a trabajar. Seguiremos hablando.

Le caía bien ese político, de los pocos que le caían bien. Le gustaba su forma de enfocar las cosas, su sensibilidad en el trato, la poca presión que transmitía a pesar de que él mismo estaba presionado por la oposición.

Se sentó un momento, miraba la pizarra con los datos que Quiroga había señalado. Marcó el teléfono del doctor y salió, con el móvil en la mano, a por un café a la máquina.

El teléfono de Quiroga sonaba y sonaba, debía de estar en el mejor de sus sueños. Eran las cinco y media de la madrugada.

—Sí, dígame. —Por fin la voz del doctor al aparato.

—Quiroga, ven lo antes posible, acaban de asesinar a otra joven, me gustaría que vieras la escena del crimen antes de que la desmonten. Te mando un coche ahora mismo para que te recoja.

—Está bien, lo espero en la puerta de casa. Ya me contarás.

El lugar del crimen estaba acordonado por la policía local. Llovía tenuemente, una lluvia fría, menuda, invernal. Las luces azules de los coches de ambas policías bajo la lluvia le daban a la escena un melancólico aire de película americana, algo así como la serie *Canción triste de Hill Street*.

Salgado se acercó al árbol, amagó un leve saludo a los agentes que protegían la zona. Era un enorme plátano con las hojas pardas otoñales que se morían y caían revoloteando al suelo. El cuerpo estaba atravesado en la rama más baja, una gruesa rama que hacía horquilla con el tronco a unos dos metros del suelo.

La escena era espantosa. El propio inspector, fajado en estas situaciones, se sintió sobrecogido al acercarse. El cuadro representaba todo el horror posible, ningún pintor hubiera sido capaz de idear un cuadro así.

La cabeza de la chica colgaba, con los ojos abiertos, el pelo suelto en melena como una cascada cayendo de su cabeza hacía el suelo. El bellissimo rostro de la joven expresaba el espanto de la muerte, una muerte imprevista

y atroz. La parte del tronco que colgaba se veía cosido a puñaladas, incontables puñaladas que denotaban un en-sañamiento salvaje, ciego, brutal...

El coche del juzgado llegaba en ese momento. La juez se acercó a Salgado, era una mujer bastante joven que, al ver la escena, no pudo evitar un estremecimiento que le provocó fuertes arcadas. «Nunca podré acostumbrarme a este horror», dijo con los ojos llorosos.

—Nadie debería acostumbrarse a esto —contestó Salgado que no podía apartar la mirada del cadáver de la chica.

Apareció Quiroga, venía elegante como siempre, con ese aire característico de aristócrata rural, una chaqueta verde oscuro de Barbour y un sombrero de la misma marca haciendo juego. Se paró junto a ellos, mirando incrédulo el terrible espectáculo.

—Esto supera las peores pesadillas —dijo, acercándose más al cadáver de la joven—. Es importante que no lo vean sus padres.

—No, vive con su madre y la abuela, están en su casa con una compañera y un psicólogo —contestó uno de los agentes de policía que vigilaban el cuerpo.

—Bien, procuren que no vengan a verlo. No creo que una madre pueda superar la visión de este horror en el cuerpo de su propia hija.

—Supongo que piensas lo mismo que yo —le comentó a Salgado después de la rápida inspección del cadáver.

—Sí, no me caben muchas dudas de que ha sido el mismo canalla que asesinó a la otra chica.

—Mejor no tocar nada, dejemos que los especialistas hagan su trabajo, pero cuando terminen sería conveniente practicar la autopsia cuanto antes mejor.

—Diré que lo trasladen al instituto lo antes posible.

En la comisaría la actividad era febril, se revisaban todos los datos de las cámaras de los alrededores del lugar del crimen, las llamadas, el rastreo del móvil de la chica, de sus amigos y compañeros de trabajo. Por insistencia de Mendieta se hizo un rastreo del teléfono de Cabau, el ingeniero del que Mendieta seguía sospechando, pero el sistema indicó que el joven había estado en su domicilio de Fuenlabrada desde las ocho de la tarde. «Claro, un ingeniero informático no va a ser tan inocente de dejar el rastro de su móvil», pensaba Mendieta.

A las nueve el comisario jefe llamó al despacho de Salgado.

—Salgado, ha llamado el jefe, el director general quiere vernos ahora. Vamos, tenemos un coche esperándonos.

Salgado se puso la americana y salió con el comisario. Viernes de diciembre a las nueve de la mañana, la carretera de Extremadura en dirección entrada a Madrid era un atasco absoluto. Tardaron más de media hora en llegar a Cuatro Vientos y la cosa no parecía despejarse, más bien al contrario. A pesar de que el coche estaba casi siempre detenido, Salgado no abrió la boca durante todo el trayecto. En varias ocasiones el comisario intentó iniciar una conversación, pero solo obtuvo monosílabos por respuesta. No insistió, conocía bien a Salgado, habían sido compañeros en la facultad de derecho, eran de

la misma promoción en el cuerpo superior de policía. Sabía lo que le rondaba en la cabeza a su colega.

El director general les recibió en su despacho después de hacerles esperar más de media hora en una salita del ministerio. Estaban varios altos cargos con él. Cuando entraron los policías ni siquiera los saludó, se limitó a hacerles algunas preguntas sobre el asesinato. Estaba en mangas de camisa, era un hombre bajo, con un enorme estomago que le sobresalía por encima del cinturón. Sin escuchar sus respuestas se dedicó a darles un discurso caminando con grotescas zancadas por el amplio despacho.

«Que no se podía tolerar un crimen más, que había que detener al criminal, que nadie se fuera a dormir antes de tener al asesino entre rejas...» les iba diciendo, entre los ridículos aspavientos que hacía para demostrar su indignación.

Salgado no podía más. Le repugnaba ese grosero político abroncándoles sin ofrecer nada más que su prepotencia.

—Permítame una pregunta, ¿nos va usted a ayudar a encontrar al asesino? —preguntó interrumpiendo sin miramientos el monólogo del político.

Este se detuvo, mirándole como se mira a un insecto. «Ese no es mi cometido, es la obligación de ustedes. Lo único que faltaba, que yo...»

—Bien, pues entonces déjenos trabajar y no nos entretenga más. Adiós. —dijo, interrumpiendo la frase del tipo. Se levantó y se marchó sin molestarse en cerrar la puerta.

Desde el taxi, camino de la comisaría, llamó a Quiroga para saber si habían comenzado con la autopsia, pero no le cogía el teléfono. «Buena señal, eso es que ya están con la autopsia», pensó un poco más animado.

Salgado se acercó al domicilio de la joven asesinada. Allí la presencia de la tragedia era palpable, se respiraba una atmósfera de dolor. El dolor que produce la súbita pérdida de lo que más se ama. Un dolor que no se puede explicar, un dolor que solo puede comprender el que lo siente.

La madre de la víctima seguía en compañía de un joven psicólogo y una agente de la policía. Estaba como embotada debido a los efectos del potente tranquilizante que le habían suministrado. No era posible sacar nada en claro en ese momento ni aconsejable tocar ningún tema relacionado con el asesinato de su hija.

La abuela le contó lo poco que podía contar sobre el caso. Que solía llegar pasadas las doce cuando tenía turno de tarde, que la madre la esperaba para cenar juntas, que ella se acostaba pronto y nunca la oía llegar, que aquella noche como no llegaba su hija la despertó y llamaron a la policía. La mujer apenas sabía nada de la vida de su nieta, ni de sus amistades, ni siquiera donde trabajaba. Era muy extraño, pensó Salgado, parecía que vivía en otro sitio lejos de su nieta.

Salió de aquella casa invadida por el dolor. Se acercó caminando al lugar del crimen a unos centenares de metros del edificio. Allí sus compañeros de la científica seguían trabajando, peinaban cada centímetro de la zona, revisando cualquier alteración que saliera de la normalidad del terreno. Los conocía a casi todos, había trabajado

muchos años con ellos, sabía los métodos y tenía plena confianza en su capacidad.

Se acercó a dos hombres que estaban agachados inspeccionando el suelo de la base del árbol donde apareció colgada la chica. Seguía lloviznando, una lluvia fina pero que empapaba más por su persistencia que por su intensidad.

—¿Qué tal?, Salgado —saludo uno de los que estaban agachados.

Era un hombre grueso que se cubría la cabeza con un sombrero oscuro, impermeable.

—Hola, Lozano, ¿Hay algo?

—Poca cosa, mira esta huella. El tipo debía de llevar unas fundas en los zapatos, como las que se utilizan en los quirófanos. Ya ves que la huella aparece redonda, informe y sin marcas del dibujo de la suela. Pero se puede deducir que el sujeto es pequeño, al menos tiene el pie pequeño, un 38 o 39 y pesa poco porque apenas se hunde en la tierra. Sin embargo, aquí, en esta zona, debió de hacer fuerza para izar a la chica al árbol ¡El muy cabrón! ¿Ves?, aquí la huella se hunde mucho más, sobre todo por la parte del talón. Pero no hay nada más. Debió de usar una cuerda de esas que utilizan los montañeros para escalar. Hay algunos hilos casi microscópicos en la rama, mezclados con la sangre de la chica.

Le tendió la mano a Salgado para que le ayudase a levantarse y le llevó a unos metros del árbol.

—Mira, aquí fue donde la atacó y debió acabar con su vida o dejarla mal herida porque la arrastró por aquí hasta el árbol.

Se notaban las marcas en la hierba húmeda de los talones de la chica siendo arrastrada y dos huellas redondeadas que debían de ser las del asesino que tiraba de ella con unas fundas puestas en los pies.

—Llámame cuando tengas el informe. Voy a la comisaría, creo que ya tenemos los videos de las cámaras del metro.

En la comisaría Mendieta estaba en su despacho revisando los videos de las cámaras.

—Hola jefe, poca cosa, a pesar de lo tarde de la hora salieron con la chica varias personas. Casi todos extranjeros, sudamericanos con pinta de currantes que vuelven del trabajo. Hay varios videos en los que aparece la chica en diferentes zonas del metro. Por cierto, era una belleza, parecía una estrella de cine.

—Vamos a ver los videos de nuevo, desde el principio ¿Estáis identificando a los que salían con ella?

—Sí, ya hemos podido contactar con algunos. Hay un tipo muy alto rubio que venía en el mismo tren, pero salió antes que la chica. Es polaco, ya lo hemos identificado, estamos intentando hablar con él.

—A partir de ahora la inspectora Salinas se incorporará al grupo de investigación —dijo Salgado que había entrado en su despacho acompañado de una joven.

Carmen Salinas, una joven inspectora, era licenciada en psicología, ingresó en el cuerpo en la misma promoción que Mendieta, trabajaban bien juntos porque se complementaban, a pesar de que eran muy diferentes. Mendieta alto, preocupado por su cuerpo, siempre que podía se pasaba por el gimnasio; meticulouso, obstinado, cartesiano en todos sus razonamientos... Salinas era ba-

jita, gordita, apasionada por la comida, su tema de conversación favorito. Tal vez por eso estaba rellenita, muy intuitiva, con un envidiable sentido común para enfocar las cosas.

Llevaban un rato los tres en el despacho revisando los videos cuando apareció el comisario.

—Menuda la has armado —dijo al entrar— el jefe se ha puesto verde de indignación, menos mal que el jefe ha *templado gaitas* y ha salido en tu defensa. Ya sabes que al jefe se le da muy bien eso de *templar gaitas*, quizás por eso lleva tanto tiempo de jefe. Al final has tenido suerte, el director general ha dicho que no quiere verte más por allí.

Salgado guardó silencio, metido de lleno en el fragor de los acontecimientos, ya ni se acordaba del incidente de esta mañana.

—Aquí, vuestro querido jefe que esta mañana se ha ido del despacho del director general dejándole plantado con la palabra en la boca —les comentó el comisario a los dos jóvenes inspectores que miraban con cara de interrogación.

—Por cierto, he incorporado a Salinas al grupo de trabajo —le informó Salgado al comisario para cambiar de tema.

—Me parece perfecto ¿Hay algo nuevo?

—Nada de interés.

—Bueno, os dejo continuar con vuestro trabajo, yo estaré por aquí si me necesitáis.

Poco antes de las siete de la tarde el doctor Quiroga llamó a Salgado.

«... estoy saliendo del anatómico, tenemos ya los primeros resultados de la autopsia; aunque mañana por la

mañana tenemos que continuar, cuando terminemos te llamo y te comento».

—Sí, te lo agradeceré ¿Hay algo importante?

—Nada, de momento nada que valga la pena. Mañana hablamos.

Pasaban las ocho de la tarde cuando Salgado llegó a su casa. Cansado y desmoralizado, se sentía culpable de la muerte de Mónica. Él había sido designado para proteger la vida de la chica y no fue capaz de cumplir con su cometido. No supo pensar por delante del asesino, tenía que haber previsto ese movimiento. El psicópata era un depredador que cazaba al rececho. Para ello tenía que conocer bien el terreno y el camino que seguiría la víctima. El mejor método para encontrar mujeres solitarias a esas horas de la noche es acechar en las estaciones del metro, siguiendo a las chicas que regresan a casa a esas horas. Eso lo tenía que haber previsto antes.

Marcó un número en su teléfono:

—Salinas —dijo— organiza que se vigilen todas las estaciones de metro y de tren a partir de las nueve de la noche y que se patrulle por las paradas de las rutas de los autobuses.

—Pero jefe, no tenemos efectivos para eso. La mayoría de los agentes están ya en la calle.

—Sí, ya sé, pero de todas formas que se intensifique la vigilancia en esos puntos. Mañana pediré la colaboración de la policía local.

Colgó pensativo, se desnudó y se metió en el cuarto de baño. Al salir de la ducha con el albornoz puesto se sentó en el sofá y encendió el televisor. Empezaba una película con unas preciosas fotografías de la ciudad de Nueva York en otoño. *Otoño en Nueva York*. Le sonaba el título, se dispuso a verla, pero pronto se aburrió con el espectáculo de un otoñal Richard Gere poniendo perfiles de guapo y la otra haciendo gestitos de niña pequeña. Una película que buscaba la lágrima del espectador sin conseguirlo porque todo en ella era impostado, falso... y se notaba tanto.

Salgado se despertó bruscamente, se había quedado dormido viendo la película, eran casi las once. Tenía hambre, no había comido nada sólido en todo el día. La visita al frigorífico, como solía pasar, fue un fracaso: un yogurt caducado unas semanas antes, un tomate medio podrido, una lechuga ya negra, un bote por la mitad con guindillas verdes picantes que, por su aspecto, también estarían para tirar y poca cosa más. Nada que sirviera para calmar su apetito.

Se asomó a la ventana, seguía lloviznando, pero en la calle se notaba el ambiente de los viernes por la noche. El restaurante de Celia estaba abierto, con todas las luces encendidas, grupos de personas, casi todos jóvenes, caminaban bajo la fina lluvia o fumaban en la puerta de los bares.

El restaurante estaba repleto, en el comedor todas las mesas ocupadas. Salgado se acercó a la barra, también bastante concurrida, pero ninguna cara conocida. Al contrario que los días entre semana que el restaurante y,

sobre todo, el bar eran frecuentados por los del barrio, los fines de semana desaparecían los clientes habituales y el local se llenaba de gentes de otros lugares.

—Hola, Salgado, ¿te preparo un Martini? —Manolo, el viejo barman conocía a Salgado desde que abrieron el restaurante, tenía una mano sabia con los *dry Martini*, tan sabia que acudían al reclamo bebedores de *Martinis* de todas partes.

—No, solo quiero comer algo. No me importa comer en la barra, el comedor está lleno, prepárame algo rápido.

—Si esperas un poco van a quedar mesas libres, algunos ya han pedido la cuenta. Te pongo un jerez mientras te preparamos una mesa.

—Hola, Salgado, acompáñame que ya está libre tu mesa. Te llevo la copa y la bebes sentado.

Celia estaba radiante, parecía que el agobiante trabajo de atender un comedor repleto le proporcionaba una dosis extra de belleza.

Salgado la siguió dócilmente, el par de horas que había dormido en el sofá le habían subido algo la moral, pero a cambio le quedó un molesto dolor en el cuello y ese embotamiento que produce el sueño corto y pesado.

Le sirvieron un plato con pescadillas fritas muy sabrosas, una ligera ensalada y una copa de Albariño. Comió con apetito, pero no quiso ya nada más. El comedor se iba quedando vacío. Apareció Celia con la botella de whisky y dos vasos. Le sirvió el licor y se fue a despedir a un grupo de personas que salían. Tanto ellos como ellas eran de refinada elegancia en el vestir, debían de ser gente importante, bien conocidos de Celia que los trataba

con una familiaridad que no solía tener con la mayoría de los clientes.

—Son los viejos amigos de Gonzalo, las primeras personas que conocí cuando aterricé en Madrid con él, tan joven y enamorada como una boba —comentó sentándose enfrente de Salgado.

—Son muy elegantes, deben de tener mucho dinero.

—Sí, lo tienen, la mayoría tiene algún título nobiliario, ya sabes, condes, marqueses... y todo eso. El caso es que casi ninguno ha trabajado en su vida ¡Que suerte!, poder vivir sin trabajar. No como yo, si supieras el día que llevo. Estoy agotada.

—Pues parece bastante feliz y satisfecha. Te sienta bien el trabajo.

—Claro, porque supone hacer caja y para eso estamos.

—Es justo que a más trabajo más ingresos. Los que cobramos un sueldo fijo no tenemos ese privilegio.

—No te quejes, no te imagino a ti trabajando aquí, aguantando a los clientes, hablando de cocina, recibiendo y despidiendo a todos con una amplia sonrisa, pero si no te he visto reír nunca... La verdad es que no te imagino trabajando de otra cosa. Has nacido para ser lo que eres y se te nota ¿Te he comentado que soy una devoradora compulsiva de novelas policiacas? Sí, creo que ya te lo dije y, por cierto, siempre que las leo me acuerdo de ti. Eres el típico detective que sale en la mayoría de las novelas: Melancólico, solitario, amante del jazz y del whisky. Eres tú, tú eres así melancólico y solitario, le pegas al whisky con admirable persistencia ¿Te gusta el jazz?

—Sí, me gusta mucho el jazz melódico.

—¿Ves?, no ves cómo eres el arquetipo de todos los grandes detectives de la novela negra. Pero si eres igual que Bogart. La melancólica mirada, la misma boca sensual, la sonrisa tierna y triste, esa forma que tienes de fumar... ¿A qué te han dicho muchas veces que eres el doble de Bogart?

—Si te paras a pensar, debe de haber millones de hombres de mi edad que beben whisky y les gusta el jazz. Y eso de la soledad lo trae el oficio, nadie, ninguna mujer puede aguantar mucho tiempo la vida con un tipo que le llaman de madrugada, se levanta, se viste y se va sin poder decir cuándo va a regresar. Un tipo que llega a casa pensando en lo que tiene entre manos, que cena mirando la televisión sin escuchar lo que le cuentan y se acuesta para dormir entre sobresaltos las pocas horas que le dejan. Un tipo que no tiene fines de semana ni vacaciones en Cancún o en Torre Vieja. Un tipo que se juega la vida casi todos los días y que al final, cuando alguien consiga acabar con él, dejará a su mujer una pensión de viudedad muy por debajo de los mil euros.

»Y, si quieres, te hablo de la melancolía que dices que tengo, porque no es posible vivir sin melancolía cuando visitas a diario los territorios que tenemos que frecuentar nosotros, cuando todos los días te tienes que enfrentar a la maldad, la sordidez, la miseria de los que viven en submundos que las personas normales no podéis ni imaginar... Sí, soy triste, la tristeza es para mí como la soledad, una fiel compañera que no me deja nunca, que no me abandona del todo ni en mis mejores momentos.

Salgado bajó la vista que había mantenido clavada en los ojos de Celia mientras hablaba, bebió un sorbo de licor, dejó el vaso en la mesa y posó la mirada en sus manos extendidas sobre el mantel, unas manos morenas, nervudas que contrastaban con la radiante blancura de aquel mantel.

Celia estaba turbada, sin proponérselo había tocado el corazón de aquel hombre atormentado.

—Perdona, veo que hoy no tienes un buen día —le dijo, mirándole a los ojos con la mano buscando la suya— Voy a cerrar ya ¿Quieres que suba contigo a tu casa, tomemos una copa y charlemos un rato? Me duele verte así, ¡venga ámate! Bebe otro trago que en diez minutos estoy contigo.

El piso era enorme, de esas casas antiguas de Argüelles con balcones a la calle y con ventanas a la otra calle posterior. Habitaciones amuebladas primorosamente que nunca se habían usado, salones suntuosos, pero carentes de vida, el gran comedor que había ido amueblando su madre para las reuniones familiares tan frecuentes cuando vivían sus padres. Una cocina inmensa diseñada para que se movieran cómodamente en ella las personas del servicio. En realidad, ahora que estaba solo, Salgado solo usaba la gran habitación de matrimonio con el famoso baño incorporado y una pequeña y luminosa salita con un amplio balcón a la calle, amueblada con un par de butacones orejeros, un cómodo sofá, algunas mesitas au-

xiliares y una amplia librería atestada de libros que ocupaba toda una pared.

—Me encanta este salón. Está decorado con mucho gusto.

Celia estaba impresionada por la calidad que se percibía en todo, los muebles, las alfombras, los cuadros, el enorme tamaño del piso, la cantidad de habitaciones, la luminosidad de todas abiertas a la calle..., pero había algo en esa casa que transmitía tristeza, una tristeza que se sentía, se respiraba en el ambiente. Era una casa sin vida, deshabitada, inadecuada para un carácter melancólico, inadecuada para Salgado.

—La salita granate la llamaba mi mujer. Ya ves que todo está de color granate, hasta la alfombra... Era su lugar preferido.

—Vives en un palacio —le dijo, intentando disimular los verdaderos sentimientos que le inspiraba aquella casa.

—Es posible, sí, en un palacio yermo y triste como el de la princesita del cuento.

—No seas tan modesto. El dormitorio que tienes con ese baño, la fantástica ducha de hidromasaje, el inodoro inteligente, el *jakuzzi* para dos... No te quejes, Salgado, es mucho mejor que un hotel de superlujo. Ya quisiera yo tener eso en mi casa, de buena gana me daría un masaje en la ducha y luego un rato en el *jakuzzi*. Me dejaría nueva después del día que he tenido hoy.

—Bueno, pues nadie te impide que lo hagas aquí. Ven que te enseñe cómo se maneja y todo para ti. Mientras

me tomaré un whisky y escucharé un poco de *jazz* para continuar siendo como el típico inspector de tus novelas.

—¿En serio que no te importa? No insistas que te cojo la palabra —le dijo Celia dándole un suave cachete en la mejilla por la broma de las novelas.

—No, no me importa, ven que te explico lo de los grifos.

Celia disfrutó del hidromasaje, se dejó caer en el *jakuzzi*. El placer del agua acariciando su cuerpo la fue relajando.

En aquel cuarto de baño tan personal no podía dejar de pensar en Salgado, en la fuerte atracción que sentía por ese hombre melancólico y fuerte. «Nunca he sentido así, no es un deseo sexual; aunque también hay algo de eso, pero lo que siento va un poco más lejos porque es como un instinto de protección, algo que está mucho más cerca de lo maternal que de otra cosa, pero no sé cómo hacer. Es tan esquivo, parece que huye de todas las situaciones que puedan acabar en eso. No sé, es un hombre fuerte y sano, tendrá sus deseos como todos los hombres, hace más de un año que se separó de su mujer; aunque la vida que lleva... lo de hoy ha debido de ser horrible, ver a esa criatura tan joven y tan bella, colgando de ese árbol, con todas esas puñaladas. Y él, que, se siente culpable. Le conozco bien, he pensado tanto en él, he analizado una por una sus palabras y, a pesar de su reserva, lo sé, sé que piensa que él tendría que haber evitado este crimen atroz, sé que lleva todo el día atormentado por este pensamiento.

»Creo que le amo, voy a tratar con todas mis fuerzas de atenuar sus remordimientos. Me dijo que si necesi-

taba algo le llamase por ese teléfono interior. Lo voy a hacer, le voy a pedir una toalla para secarme y le voy a obligar a venir, después que pase lo que tenga que pasar. Sé que le gusto, siento como me mira cuando me muevo por el comedor, como me contempla desde su mesa en el rincón... Bueno, en realidad todos los hombres lo hacen. Desde muy joven sé que mi cuerpo atrae a los hombres y él no es diferente a los demás. Voy a llamarle».

—Salgado, ¿Dónde están las toallas?

—En el armario junto al lavabo.

—Anda, ven y dámela que no quiero fisgonear en tus armarios.

—Pero si solo tienes que abrir la puer... ¡vaya, me ha colgado!

—Por favor, pasa y dámela —pidió Celia cuando Salgado llamó a la puerta del cuarto de baño.

Salgado abrió, la habitación estaba caliente y velada por el vapor. Celia le sonreía desde la bañera. Salgado cruzo la estancia clavando la vista en el suelo, sacó una enorme toalla blanca del armario.

—Por favor, acércamela.

Celia estaba de pie, su cuerpo de sirena brillando, el agua que caía con gotas como perlas, parecía una diosa. Salgado la envolvió en la toalla, Ella le besó, él recibió el beso húmedo y la abrazó, sintió el cuerpo terso de la mujer que se pegaba al suyo. Cuando ella notó la erección del hombre le besó sonriendo.

—Espérame en la habitación mientras termino de secarme, enseguida salgo.

Él salió aturdido, encendió un pitillo y se tumbó en la cama sin poder apartar la vista de la blanca puerta del cuarto de baño que se abrió y apareció ella desnuda, caminando hacia él con su sonrisa ancha y ese vertiginoso movimiento de caderas que le volvía loco.

Se acostó a su lado y le besó con un beso profundo, deseado durante mucho tiempo. Él respondió a su beso y a sus caricias, pero algo no funcionaba. Esa erección que había tenido en el baño desapareció, se esfumó. Se sintió un poco perdido, nunca le había ocurrido eso. Su cuerpo no respondía a las caricias cada vez más apasionadas de ella. Su miembro estaba insensible, muerto.

—Lo siento, no puedo —dijo apartándose brusca-  
mente.

—No te preocupes.

—Te he defraudado, no te esperabas esto —comentó él sentado en el borde de la cama—. Ya ves que no tengo nada que ver con ese tipo duro de tus novelas.

—No me esperaba nada, no he subido buscando eso.

Celia, que seguía tumbada en la cama le acarició la espalda dejando descender lentamente su mano desde los hombros.

—Entonces, ¿Qué es lo que buscabas? —dijo él, tendiéndose de nuevo en la cama, mirando al techo con los brazos cruzados detrás de la nuca.

—Solo buscaba el derecho de poder llamarte Juan a partir de ahora.

Él no pudo evitar una sonrisa, la única vez que había sonreído desde que comenzaron los asesinatos.

—Y porque creo que te amo, Juan.

—¿Qué me amas?,

—Sí, Juan, te amo. Te amo desde hace tiempo, creo que te amo desde la primera vez que te vi. Desde la primera vez que entraste en el restaurante con tu mirada triste y esa sonrisa tierna que gastas.

—Pero eso no me parece posible. Tú eres una mujer bellísima, alegre divertida... sé que hay muchos hombres detrás de ti. Eso no se le escapa nunca a la mirada de un policía. No sé qué has podido ver en mí un tipo amargado, tristón y ahora impotente.

—No eres impotente, Bogart, por tu forma de acariarme y de besarme sé que no eres impotente, pero eso no me hubiera importado. Creo que te amo porque eres el tipo más tierno y bueno que conozco. Tú sabes mejor que yo que es muy difícil encontrarse en esta vida con una persona buena de verdad. Qué bonito sería un mundo habitado solo por gente buena como tú, incapaces de hacerle mal a nadie.

—Eso es una utopía, el mal existe, créeme. Además, si todos fueran buenos, yo tendría que trabajar en otra cosa, perseguiría ladrones, estafadores, quizás, pero no asesinos porque la gente buena no mata.

—Sé que existe el mal, Bogart, te recuerdo que tengo ya cincuenta años, que he visto de todo en esta vida mía.

—¿Te importa que fume?

—No, si me das un cigarro.

—Pensé que no te gustaba fumar.

—Sí, suelo fumar un pitillo todas las noches, cuando llego a casa y salgo del baño, me preparo un descafeinado con leche bien caliente, me siento en el sofá mirando

cualquier cosa en la tele y enciendo un pitillo. Es uno de mis mejores momentos después de todo el día bregando en el restaurante ¿Quieres que prepare una jarra de descafeinado con leche bien caliente, lo tomamos viendo cualquier cosa en la tele y después me voy a casa?

—Creo que no va a ser posible porque no tengo leche.

—Pero tendrás descafeinado ¿no?

—Es posible, ella lo tomaba siempre; aunque a lo mejor está caducado. Voy a ver.

—No, déjame que lo prepare yo. Dime dónde puedo encontrar un albornoz o algo cómodo.